

drade mantener como un fuego sagrado, consagrándole gustoso las horas que hubiera podido utilizar para el descanso tan necesario á su quebrantada salud.

La vida del Dr. Andrade fué como su muerte: el cumplimiento del deber.

Con razón lamentamos su muerte, con razón vivirá su memoria en todos sus discípulos.

Por eso la Sociedad Filoiátrica, asociándose al luto de la Academia de Medicina, al luto de la sociedad entera que le ha contado en el número de sus distinguidos miembros, me encomienda que me haga eco de sus sentimientos, que exprese públicamente su pesar.

Pero en vano pretendería conseguirlo, en vano me esforzaría en revestir las ideas de mis consocios con el espléndido ropaje que merecen. Solo puedo expresar en su nombre á la Academia de Medicina y al público médico que me escuchan, que los discípulos del Dr. Andrade nos hacemos sus solidarios en el pesar; que en su dolor se les une la juventud, esa juventud que abraza el culto de los grandes hombres y de los grandes principios; la juventud que con ese culto eleva su alma y sublima su pensamiento.

Mayo 3 de 1887.

LUIS PABLO BUSTAMANTE.

---

**Discurso pronunciado á nombre de la redacción de la *Voz de Hipócrates*, en la velada fúnebre que la Academia de Medicina de México consagró á la memoria del ilustre Dr. D. Agustín Andrade, el día 3 de Mayo de 1887.**

SEÑOR PRESIDENTE: SEÑORES:

Un tributo de justicia, de noble justicia, nos reúne en este recinto; venimos á ensalzar la memoria de uno de los hombres que en el silencio de su modestia, fué en México el apóstol de la ciencia y de la caridad.

Venimos á evocar santos recuerdos, porque el saber y la virtud son lo más respetable que existe á través de la evolución y de los sucesos mundanos.

Cuando se trata de un sér que, como el Dr. D. Agustín Andrade, pasó por la escena de la vida, dejando una estela de luz, se comprende y deplo-  
ra cuán raquítico y mezquino es este pequeño viaje que hacemos en las

misteriosas etapas de la vida. Si el fin de la humanidad es el progreso y nuestro oriente es la luz, esos hombres deberían de vivir siglos, para que su genio fuera la estrella que condujera á las generaciones en su viaje al perfeccionamiento de la raza humana.

¿Por qué, se pregunta abismada la imaginación, por qué esos meteoros cruzan tan fugaces el firmamento? ¿Por qué se ocultan apenas aparecen? Y la contestación á esta pregunta sombría, parece que la tumba nos la roba con su fúnebre silencio.

En México, digámoslo con franqueza, hemos sido ingratos con nuestros grandes hombres; apenas si al morir ellos les dirigimos tierna despedida, en seguida el olvido los cubre con un sudario más helado, más espantoso que la losa sepulcral bajo la que reposan sus restos. Por lo mismo, nosotros debemos esforzarnos en que nuestra voz, por débil que sea, por humilde, tenga eco en todos los ámbitos de nuestra patria, á fin de recordar á nuestros compatriotas que los hombres que han descollado si no tienen estatuas y monumentos conmemorativos, tienen un altar en el corazón de cada mexicano, y su memoria es por lo mismo alta y respetada y no se pierde en el abismo y polvo de los tiempos.

Vosotros, señores, comprenderéis perfectamente el mérito del hombre cuya memoria venimos á honrar: sabéis como ninguno, cuál es la vida del médico, cuál es la recompensa de sus afanes, la ingratitud con que son recibidos sus trabajos.

Un público ávido de emociones tributa al lidiador de toros los honores augustos, casi se arrodilla ante su paso, lo deifica; mientras el sacerdote de la humanidad, el médico, el apóstol del consuelo, es olvidado, ó si alguien se acuerda de él, es á la hora en que el dolor llama á la puerta de la vida. Se necesita grande abnegación, casi heroísmo, para seguir una carrera que sólo trae decepciones, que lleva tras si la ingratitud como su indispensable satélite; nadie mejor que nosotros puede glorificar el recuerdo de aquel que, como un sacerdocio, sacrifica su vida en aras de la de sus semejantes.

No es un a oración fúnebre la que yo vengo á pronunciar en esta tribuna: tan comprendo que humilde y desautorizada es mi voz, que si no tratara del amigo del corazón, cuya mano me forjo la ilusión de estrechar en estos momentos, renunciaría al honor que me dispensa la redacción de *La Voz de Hipócrates* nombrándome su orador, omitiendo levantar mi palabra entre esta pléyade de sabios.

En este sueño que se llama la vida, tenemos algunas veces abigarradas, fantásticas figuraciones: yo en estos momentos me hago la ilusión de ver al médico eminente que acaba de partir del seno de nuestra sociedad, serio,

circunspeto y retraído en medio de su profunda abstracción en el estudio; tipo respetabilísimo de la honradez profesional, apartado del mundo y de sus oropeles, y sin tener para nada la conciencia de su relevante mérito.

Yo lo miro personificando la filantropía, acudiendo desinteresado a la cabecera del enfermo para prestarle sus auxilios, salpicando su conversación con verdaderos axiomas científicos, y juzgando de los acontecimientos sociales, con aquella penetración y aquel juicio que jamás desmintió en ninguno de los actos de su vida.

Vosotros sabéis, señores, todos los servicios que prestó a la ciencia, conocisteis sus méritos y virtudes, le habéis respetado como sabio catedrático, y por eso estáis aquí honrándole y honrándoos, y dirigiéndole a través de las nieblas misteriosas de la eternidad, un adiós supremo, el único consuelo que nos es dado a nosotros, débiles aristas arrebatadas por el huracán de nuestro destino, impulsados quién sabe adónde en la evolución inflexible de la materia.

¡Duerme en paz! ¡Duerme, querido amigo! Los que nos quedamos un momento más en la playa de la vida, casi te vemos todavía allí, bogar en el mar tranquilo de la tumba: allí vas, no te pierdes aún en nuestras lontananzas, y pluguiera a la suerte que los ensueños del creyente fueran una realidad, para tener el consuelo, la hermosa esperanza de encontrarte en las regiones paradisíacas que ha cantado la poesía de todas las religiones.

FRANCISCO PATIÑO.

---